

dia en estos placeres inexplicables, á cuya vista me parecia no tener ya otra cosa que hacer, sino ir prontamente á gozarlos. Pero me manifestaron que habia echado mal mis cuentas estas palabras que oí:

«En vano así tu corazon suspira
 »Por ir, cual crees, á la eterna luz;
 »Que nunca debe, quien al cielo aspira,
 »Buscar otro camino que la cruz.»

A continuacion de esto, puso ante mis ojos todo cuanto tenia yo que sufrir durante el curso de mi vida. Se estremeció todo mi cuerpo, aunque no lo comprendí entónces por la pintura, como lo he comprendido despues por los efectos, que se siguieron.

Preparábame para hacer mi confesion anual con una ansiedad grande de conocer mis pecados, y mi divino Maestro me dijo: «¿Por qué te atormentas? Haz lo que está en tu poder, y yo supliré lo demás que te falte. Pues nada pido tanto en este Sacramento, como un corazon contrito y humilla-

»do, que con voluntad sincera de no
 »desagrardarme más se acuse sin do-
 »blez. Entónces perdono sin tardanza,
 »y se sigue de ahí una perfecta en-
 »mienda.»

Este Espíritu soberano, que obraba en mí independientemente de mí misma, habia adquirido un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y aún corporal, que no dependia de mí mover en mi corazon afecto alguno de gozo ó de tristeza, sino como á Él le agradaba, ni tampoco dar ocupacion á mi espíritu, pues no podia tener otra distinta de la que Él le proponia. Esto me ha hecho estar siempre con un extraño temor de ser engañada, no obstante la seguridad que haya podido recibir en contrario, tanto de su parte, como de las personas, que me guiaban, es decir mis Superiores; pues no me habian dado jamás Director, sino para examinar la conducta del Señor conmigo y aprobarla ó desaprobarla con

plena libertad. Mi sentimiento era ver que en lugar de sacarme del engaño, en que creía efectivamente hallarme, me engolfaban aún más, tanto mis confesores, como los otros, diciéndome que me abandonara al poder de ese Espíritu, y me dejara sin reserva conducir por Él, y que, aún cuando hiciese de mí un juguete del demonio, como yo creía, no debía dejar de seguir sus impulsos.

Hice, pues, mi confesion anual, y terminada me parecía ver y sentirme despojar de mi vestidura y revestirme al mismo tiempo de otra blanca, mientras percibía estas palabras: «He aquí
»la estola de la inocencia, con la cual
»revisto tu alma, á fin de que no viva
»sino con la vida de un Hombre-Dios,
»es decir, que vivas como si no vivie-
»ses, dejándome vivir en tí, porque soy
»tu vida y no vivirás sino en mí y por
»mí. Quiero que obres como si no
»obrases, dejándome obrar en ti y por

»tí, abandonándome el cuidado de
»todo. No debes tener voluntad ó de-
»bes conducirte como si no la tuvieras,
»dejándome querer por ti en todo y
»en todas partes.»

Una vez se me presentó este único amor de mi alma trayendo en una mano el cuadro de una vida, la más feliz que imaginarse pudiera para un alma religiosa, vida llena de paz, de consolaciones interiores y exteriores, de una santidad perfecta unida al aplauso y estimación de las criaturas, y otras cosas agradables á la naturaleza. En la otra mano traía otro cuadro, el de una vida siempre pobre y abyecta, siempre crucificada por las humillaciones, desprecios y contradicciones de todo género, siempre sufriendo en el cuerpo y en el espíritu. Púsome delante las dos vidas y me dijo: «Elige, hija mia, la
»que más te agradare; yo te haré los
»mismos favores, ora elijas una, ora la
»otra.» Me postré á sus pies para ado-

rarle y le dije: «¡Oh Señor mio! nada
 »quiero sino á Vos mismo y la elec-
 »cion, que Vos hagais para mí.» Y des-
 »pues de haberme instado mucho para
 que eligiese: «Vos me bastais, Dios
 »mio, añadí; elegid para mí, la que
 »más haya de glorificaros, sin mira-
 »miento alguno á mis intereses y sa-
 »tisfacciones. Contentaos Vos mismo
 »y esto me basta.»

Entónces me dijo que habia elegido
 con Magdalena la mejor parte, y ja-
 más me seria arrebatada, porque Él
 seria para siempre mi herencia. Y pre-
 sentándome el cuadro de la crucifixion:
 «He ahí, me dijo, el que he elegido
 »para ti y el que más me agrada, ya
 »para el cumplimiento de mis desig-
 »nios, ya para hacerte semejante á mí.
 »El otro es el de una vida de gozos y
 »no de méritos: es para la eternidad.»
 Acepté, pues, aquel cuadro de muerte
 y de crucifixion, besando la mano que
 me le alargaba. Aunque gimió la na-

turaleza, le abracé con todo el afecto
 de que era capaz mi corazon, y al
 apretarlo contra mi pecho, le sentí im-
 preso en mí con tal viveza, que no me
 parecia ser yo misma otra cosa, sino
 un compuesto de todo cuanto en él
 habia visto representado.

De tal modo me encontré cambiada
 en la disposicion de mi espíritu, que no
 me conocia. Dejé, sin embargo, el juicio
 de todo á mi Superiora, á quien nada
 podia ocultar, ni tampoco omitir cosa
 alguna de cuantas me mandaba, con
 tal que me viniese ordenado inmedia-
 tamente por ella. Pues el Espíritu, que
 me poseia, me hacia sentir repugnancias
 espantosas, cuando en semejantes
 casos queria guiarme por el consejo de
 otras, porque me habia prometido dar
 siempre á la Superiora la luz necesaria
 para guiarme segun sus designios.

Las mayores gracias y los favores
 inexplicables de su bondad, los recibia
 en la santa Comunion y durante la no-

che, especialmente en la del jueves al viernes. En una de estas ocasiones el Señor me advirtió que Satanás había pedido permiso para probarme en el fuego de las contradicciones y humillaciones, de las tentaciones y abandonos como el oro en el crisol, y Él se lo había concedido, exceptuando las tentaciones contra la pureza, pues no quería que me diese jamás pena alguna en semejante materia, porque odia la impureza tan intensamente, que jamás le había querido permitir en mí el más mínimo ataque; pero respecto á todas las otras tentaciones debía estar muy prevenida, especialmente contra las de orgullo, desesperacion y gula, á la cual tenia yo más horror que á la muerte. Me aseguró, sin embargo, que nada debía temer, porque Él estaria como muro inexpugnable dentro de mí misma, que combatiría por mí, me circundaría con su Omnipotencia para que no sucumbiese, y se haria Él mismo el

precio de mis victorias; pero era preciso que yo velara continuamente sobre todo lo exterior, pues del interior Él se reservaba la custodia.

No tardé mucho en oír las amenazas de mi perseguidor. Presentóse delante de mí en forma de un moro horrible, con los ojos centelleantes como dos carbones, rechinando los dientes y diciéndome: «Yo me apoderaré de ti, » ¡oh maldita! y si consigo tenerte una » vez en mis manos, te daré bien á conocer lo que sé obrar; yo te dañaré » en todo.» Aunque me amenazó de otras mil maneras, nada de esto me preocupaba lo más mínimo; ¡tan fortalecida me sentía en mi interior! Me parecia que no habria temido ni á todos los furios del infierno por la grande fuerza, que sentía dentro de mí, debida á la virtud de un pequeño crucifijo, al cual habia dado mi soberano Libertador el poder de alejar de mí todos los furios infernales. Siempre le llevaba

sobre mi corazón de día y de noche, y recibí de él grandes socorros.

Se me asignó por ocupación la enfermería. Sólo Dios pudo conocer lo que allí me fué preciso sufrir, ora por parte de mi natural pronto y sensible, ora por parte de las criaturas y del demonio. Este me hacía con frecuencia caer y romper cuanto tenía en las manos, y después se burlaba de mí riéndose á veces en mi misma cara. «¡Oh, »la torpe! me decía, jamás harás cosa »de provecho.» Esto me ponía en tal tristeza y abatimiento, que no sabía qué hacerme. Pues con frecuencia me quitaba el poder de decírselo á nuestra Madre, porque al maligno espíritu la obediencia le abate y debilita todas sus fuerzas.

Una vez me arrojó desde lo alto de una escalera; llevaba yo en las manos un hornillo lleno de fuego, y sin que este se derramase, ni yo recibiese daño alguno, me encontré abajo, si bien cuan-

tos lo presenciaron, creyeron que me había roto las piernas; pero al caer me sentí sostenida por mi fiel ángel custodio. Pues tenía la dicha de gozar frecuentemente de su presencia, y de ser también frecuentemente por Él reprendida y corregida. En cierta ocasión, que quise entrometerme á hablar del matrimonio de una parienta, me dió á conocer cuán indigno era esto de un alma religiosa, y con tal severidad me reprendió, que me dijo me ocultaría su faz, si volvía á mezclarme en esta clase de asuntos. No podía Él tolerar la menor inmodestia ó falta de respeto en la presencia de mi Maestro soberano, ante el cual le veía postrado en el suelo y quería que yo hiciese lo mismo. Lo hacía así con la mayor frecuencia que me era posible, y no hallaba postura más agradable á mis continuos padecimientos de cuerpo y de espíritu, por ser la más conforme á mi nada. Jamás perdía esta de vista y me sentía en ella

abismada, ya me hallase entre penas ó entre goces, sin que en estos pudiera gustar de placer alguno.

Pues la santidad de amor me impulsaba con tal violencia hacia el sufrimiento, para darle algo en retorno, que no podía hallar reposo más dulce, que el de ver mi cuerpo agobiado por los dolores, mi espíritu por toda suerte de desamparos y todo mi ser por las humillaciones, desprecios y contradicciones. No me faltaban por un favor de Dios, el cual no podía dejarme sin penas ya interiores, ya exteriores. Y cuando disminuía este saludable alimento, me era preciso buscar otro en la mortificación, proveyéndome de abundante materia para ello mi natural sensible y orgulloso. No quería mi soberano Maestro que dejase perder en esto ocasion alguna, y si me acontecia perderla, á causa de la gran violencia que necesitaba hacerme para vencer mis repugnancias, me lo hacia pagar dobla-

do. Cuando deseaba algo de mí, me constreñía á ejecutarlo tan vivamente, que me era imposible resistir, y por haber querido intentarlo muchas veces, he tenido mucho que padecer. Me cogia por todo lo más opuesto á mi natural y contrario á mis inclinaciones, y queria que avanzase siempre contra la corriente.

Era tan sumamente delicada, que la menor suciedad me revolvia el estómago. Tan severamente me corrigió en este punto, que queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude librarme de hacerlo con mi lengua, y tragarlo diciéndole: «Si tuviera mil cuerpos, mil amores, mil vidas, las inmolaría por sujetarme á vos.» Hallé desde luego tantas delicias en esta accion, que habria deseado encontrar todos los dias otras semejantes para aprender á vencerme sin tener otro testigo que Dios. Pero su bondad, á quien únicamente soy deudora de la fuerza,

con que me vencí, no dejó de significarme el placer, que en ello había recibido; pues la noche siguiente, si mal no recuerdo, me tuvo unas dos ó tres horas con la boca pegada á la llaga de su Sagrado Corazon. Me seria muy difícil explicar lo que entónces sentí, y los efectos que produjo esta gracia en mi corazon y en mi alma. Pero lo dicho basta para dar á conocer la gran bondad y misericordia de Dios con una tan miserable criatura.

No queria disminuir en nada mi sensibilidad y mis repugnancias, ya para honrar las que Él habia tenido á bien sentir en el Huerto de las Olivas, ya para darme materia de humillaciones y de triunfos. Mas, ¡ay de mí, que no soy fiel y caigo con frecuencia! Y Él parecia á veces gozar con esto, sea por confundir mi orgullo, sea por fundarme en la propia desconfianza, viendo que sin Él no podia obrar sino lo malo y dar continuas caidas sin poder levantar-

tarme. Entónces el soberano bien de mi alma venia en mi ayuda, y cual un buen Padre me tendia sus amorosos brazos diciéndome: «Conoces, al fin, »con claridad que nada puedes sin mí.» Con esto me derretia en afectos de gratitud hacia tan amorosa bondad; me sentia conmovida hasta derramar lágrimas al ver que no se vengaba de mis pecados é infidelidades, sino con los excesos de su amor, con los cuales parecia combatir mis ingraticudes. Me las ponía á veces delante de mis ojos juntamente con la multitud de sus gracias, reduciéndome á la imposibilidad de hablarle más que con mis lágrimas, sufriendo entónces lo inexplicable. Así se divertia con su indigna esclava este divino amor.

Un día, que habia manifestado algo de la repugnancia que sentia mi corazon, sirviendo á una enferma de disentería, me reprendió por ello con tal aspereza, que para reparar mi falta me vi

constreñida á... (1). « ¡Oh, Señor mio!
 » lo hago para agradaros y ganar vues-
 » tro divino Corazon; espero que no me
 » le rehusareis. ¡Mas cuánto no habeis
 » hecho vos, Señor mio, por ganar el
 » de los hombres, y, sin embargo, os le
 » niegan y os arrojan de él con tanta
 » frecuencia!—Es cierto, hija mia, que
 » mi amor me ha hecho sacrificarlo todo
 » por ellos, sin que nada me devuelvan
 » en cambio; pero quiero que suplas su
 » ingratitud con los méritos de mi Sa-
 » grado Corazon. Yo te le quiero dar,
 » mas ántes es menester que te consti-
 » tuyas su víctima de inmolation, para
 » que por su medio apartes los casti-
 » gos que la justicia divina de mi Pa-
 » dre, armada de cólera, quiere ejecutar
 » en una comunidad religiosa, á la cual
 » va á reprender y corregir llevado de
 » su justo enojo. » Me la dió á conocer

(1) La delicadeza del mundo no podría soportar la relación, que por obediencia hizo de esto nuestra Beata. Fué necesario que interviniera el mismo Señor para contenerla en el exceso de su mortificación.

al mismo tiempo, así como las faltas particulares que le habian irritado, y todo cuanto me era preciso sufrir para apagar su justa cólera.

Todo mi ser se estremeció entónces, y no tuve valor para ofrecerme al sacrificio. Respondí, pues, que no siendo dueña de mí misma, no podia hacerlo sin el consentimiento de la obediencia, y el temor de que se me obligase á ejecutarlo, me hizo negligente en pedirlo; mas Él me perseguia sin tregua y no me dejaba momento de reposo. Yo me deshacia en lágrimas, y al fin me vi obligada á manifestárselo todo á mi Superiora, la cual, viendo mi pena, me dijo que me sacrificara sin reserva en todo cuanto de mí se deseaba. Mas, Dios mio, entónces precisamente se redobló aún con mayor violencia mi pena, porque no tenia valor para decir el sí, y perseveraba en mi resistencia.

